



## **El retrato de Alfonso V de Aragón por Juan de Juanes**

El ilustre pintor valenciano Vicent Joan Macip, famoso por el idealismo de su pintura reflejada en la melancólica sonrisa de sus vírgenes, en la expresión de sus santos y, sobre todo, en el semblante del Salvador, «tan divino desmiente toda diligencia humana», fué también un excelente retratista que ha merecido unánimes elogios por su habilidad técnica y por el realismo con que supo captar la imagen de los retratados. Tanto el retrato de Santo Tomás de Villanueva como el del señor de Bicorp, don Luis Castellá de Vilanova, son un cabal exponente de la perfección con que consiguió pintar lo humano quien había alcanzado la fama pintando lo divino.

Aunque menos conocido, no desmerece de los anteriores el retrato de Alfonso V el Magnánimo, que se conserva en el Museo de Pinturas de Zaragoza. Se representa al rey aragonés conquistador de Nápoles, el vencido de la isla de Ponza, el que saqueara Marsella, el gran protector de los humanistas del Renacimiento, desnuda cabeza y manos y vistiendo armadura, aunque no la propia del siglo xv en que viviera, sino la característica de los tiempos de Carlos V en que fué pintado el cuadro. Empuña con la mano izquierda la espada, descansando la derecha sobre la cadera. La figura aparece de frente, ocultando su parte inferior derecha por una mesa, cubierta por un tapete y, sobre ella, un libro abierto, en el que a su vez descansa la corona real. Los detalles ornamentales de ésta, especialmente los cuatro grupos de ocho cornucopias o cuernos de la abundancia, corresponden también a la fecha aproximada del año 1550, y el aro de la corona adornado con piedras preciosas reproduce un emblema heráldico que figura igualmente sobre el casco colocado también sobre la mesa, junto al libro, y que consiste en un libro abierto visto por el lomo y con registros a modo de lambrequines. En el alféizar de la ventana, por la que se ve el paisaje, está la cartela del cuadro: «Alfonso quintus, aragonum rex».

Se ha atribuido este cuadro al pintor napolitano Andrea de Salerno (1480-1545) y creyóse perdido hasta que nos dió noticias de él don Elías Tormo (1), quien lo vió en la colección particular del catedrático de la Facul-

(1) «Colección de cuadros del diplomático de Carlos III y Carlos IV don José Nicolás de Azara». *B. S. E. E.*, febrero 1903, pág. 20.

tad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, don José Jordán de Urries y que había llegado a su poder por la familia de su esposa, descendiente de don José Nicolás de Azara, diplomático de los reyes Don Carlos III y Don Carlos IV, quien por razón de sus cargos había residido mucho tiempo en Italia.

La atribución del cuadro a Andrea de Salerno, hecha en el Catálogo de dicha galería particular de pinturas, debe proceder del siglo XVIII, cuando don Nicolás de Azara residía en Italia, pues tal atribución de autor se hace sin ninguna base documental, puesto que don Valentín Calderera, redactor del catálogo, se limita a consignar la opinión corriente en la familia Urries.



Retrato de Alfonso V el Magnánimo, existente en el Museo de Zaragoza.

La confusión es explicable, porque hay cierta semejanza entre la escuela valenciana y la napolitana del siglo XVI, ya que ambas habían nacido bajo idénticas influencias artísticas. Sin embargo, la comparación de este retrato con las restantes obras de Salerno, conservadas en el llamado Museo Borbónico de Nápoles, inclina a los críticos a discutir tal atribución y relacionar el cuadro que nos ocupa con la manera de pintar del ilustre maestro valenciano.

Hay en primer lugar un detalle que no debe pasar inadvertido: que tratándose de un pintor napolitano no debió llamar al Magnánimo quinto

rey de Aragón, como reza la cartela, sino Alfonso primero, rey de Nápoles, siendo como fué esta Corona independiente de las de Aragón, Sicilia, etc. En segundo lugar, el estilo de Juan de Juanes se revela en lo siguiente: en el paisaje del fondo, absolutamente igual al de otros cuadros del ilustre pintor de los Salvadores (con ruinas, obeliscos, pirámides y tonalidades azules, completamente convencionales), en el detalle y factura de las manos del rey (característica del último período del estilo de la pintura de Juanes), en el mismo aire y corte de la cabeza, que nos recuerda tanto las de San Esteban; en una palabra, la creación realista del retrato revela su autor. Por último, el tapete y el verde cortinón de coloridos típicamente juanescos apoyan asimismo la atribución.

Este cuadro está indudablemente relacionado con dos documentos que se conservan en el Archivo del Ayuntamiento de Valencia en los libros de Admi-

nistración de la Lonja y que llevan la fecha de 22 de abril y 29 de julio del año 1557, respectivamente. El primero dice: «Dictis die et anno. Sit omnibus notum quod ego Joannes Macip pictor civitatis valencie habitador scienter et gratis confiteor et in veritate recognosco vobis magnificus Lomeslio Ortiz cive dicte civitatis tan quam administraari anno presente fabrica logie nove ejusdem civitatis absentis et vobis et virtute provisionis pro magnificos et nobles jurados dicte civitate XXII die mensis present et mensis aprili facte dedisti et solvisti mihi mea omni modo et voluntari reali numerando quindecim libras monete regalium valencie mihi debi(t)as exsolvere promissus en paga errata ditque [en otra letra y en el margen, una frase ininteligible] hum retrato que fas del Serenissim rey don Alfonso quondam conquistador del Realme de Napoles pera remetre aquell al serenissim Sor Don Carlos Infant de Aragón.—Procularius in dicta provisione ad quam me refero etc. Testes huius rei sunt honorable et discretus Michael Adell et Joannes vicentius roures notario civitatis valencie habitadors.»

El segundo de dichos documentos agrega: «Dictis die et anno.—Sit omnibus notum quod ego Joannes Macip pictor civitatis valencie habitador scienter et gratis confiteor et in veritate recognosco vobis Mosem Jacobo Anchouro y Aguilar civi dicte civitatis tanquem administratore anno presente fabrica lontge nove ejusdem civitatis absente et bovis virtute provisionis pro magnificos duos jurados dicte civitatis hodierno die faste dedistis et solvistis mihi et mea et omni mea de voluntatis realiter numerando triginta quinque libras monete reals Valencie mihi debitas et solvere promissas cum eade provisione ad complementum quinquaginta libras per pintar y daurar hun retrato que hafet del serenissim Rey Don Alfonso conquistador del Realme de Napoles pera remetre aquell al serenissim seyor Don Carlos Infant d' Aragón. Procularius in dicta provisione ad quam me refero etc. Teste huius rei sunt honorable philipus de la torre et baptista de la torre virgarrú magnificorum juratorum civitate Valencie Rebut.»

Ese infante Don Carlos es indudablemente el hijo de Felipe II y de doña María de Portugal. Se sabe que era maestro del infortunado príncipe el valenciano Honorato Juan, que había sido nombrado el año 1554, y tal vez éste pediría el retrato a los jurados de Valencia para formar una colección iconográfica con miras pedagógicas. A su vez, los jurados utilizaron la influencia de Honorato Juan para asuntos propios de la ciudad (1).

En el año 1912 aun conservaba este retrato (2) y desde entonces lo han poseído sus descendientes hasta que en fecha reciente ha pasado al Museo de Zaragoza.—OLIMPIA AROCENA.

(1) Hay una carta de reconocimiento fechada en 7 de diciembre de 1557, contestación a otra del preceptor del infante, que se ha perdido.

(2) SENTENACH: «Los retratistas renacentes». B. S. E. E., t. XX, año 1922, pág. 121.

## Una obra de Sánchez-Albornoz \*

Según nuestras noticias, ninguna revista española ha hecho a fondo la reseña de esta obra, publicada hace cerca de cuatro años en Buenos Aires; tal vez ello sea debido a las dificultades que presenta tanto su recensión como la sistematización de sus principales conclusiones.

En la frondosa producción histórica del señor Sánchez-Albornoz —más de medio centenar de artículos y obras sólidas— se destaca su gran preocupación por los estudios sobre fuentes e historiografía, en obras cuya reseña llenaría por sí sola varias páginas (1).

El autor está llevando a cabo una intensa revisión —mejor diríamos revolución— de toda la historia hispana del siglo VIII, desde el año 1924, en que le fué otorgado el Premio Nacional Covadonga por su obra, aun inédita, sobre los orígenes de la Reconquista.

La monografía sobre el «Ajbar Machmúa», según noticias, la acabó en 1935, fecha en que entregó el manuscrito a la Escuela de Estudios Arabes de Madrid; perdido durante la Cruzada, lo encontró a su final el P. López Ortiz, remitiéndolo a su autor; es el resultado de veinte años de trabajos sobre el «Ajbar» y se publica quince después de haberla concebido el señor Sánchez-Albornoz,

---

(\*) SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y MENDUIÑA, CLAUDIO: *El "Ajbar Maymua". Cuestiones historiográficas que suscita*. Un tomo de 406 páginas. Buenos Aires, 1944. Publicado por el Instituto de Historia de la Cultura Española Medioeval y Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

(1) Aparte de la obra que nos ocupa en esta nota, conocemos o tenemos noticias de las siguientes:

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ Y AURELIO VIÑAS: *Lecturas de Historia de España*, un tomo de VIII+633 págs. Madrid, 1929. Publicada por la Editorial Plutarco.

*La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*, dos tomos de 428 y 525 páginas. Buenos Aires, 1946. Publicada por la Editorial «El Ateneo». (Magnífica edición, avalada con varias láminas y mapas; al frente de cada fragmento precede una pequeña introducción histórica. El «Ajbar Machmúa», casi en su totalidad, se incluye en esta selección de textos, con la ventaja sobre la traducción de estar cada fragmento en el lugar que le corresponde.)

*Fuentes de la historia hispanomusulmana del siglo VIII*, volumen II de su gran obra en tres tomos *En torno a los orígenes del feudalismo*. Mendoza, 1942. Publicada por la Universidad Nacional de Cuyo. (Es de lamentar que obra tan fundamental para los estudios medievales sea tan rara en nuestra patria.)

«La Crónica del Moro Rasis y la Continuatio Hispana», artículo en *Anales de la Universidad de Madrid*, II, 1934, 229-265.

«Rasis, fuente de Aben Alatir», artículo en *Bulletin Hispanique*, XLI, 1939, 5-59. (Se reproduce, con nuevas referencias, en el capítulo XII de «El Ajbar Machmúa», págs. 304 a 357.)

*Fuentes latinas de la Historia Romana de Rasis*. Buenos Aires, 1942. Tomo I de las publicaciones del Instituto Cultural Argentino-Hispano-Arabe. (No conocemos esta obra más que por las amplias referencias que de ella hace en «El Ajbar Machmúa».)

«Notas para el estudio de dos historiadores hispanoárabes de los siglos VIII y IX. (Se trata de Isa ben-Mohamed y Mohamed ben Isa), artículo en *Boletín de la Universidad de Santiago*, V, 1933, 401-440.

«La Crónica de Albelda y la de Alfonso III», artículo en *Bulletin Hispanique*, XXXII, 1930, 305-325.

«Fuentes para el estudio de las divisiones eclesiásticas visigodas», artículo en *Boletín de la Universidad de Santiago de Compostela*, II, 1929-30, 28-83.

(Además, sobre Rasis ha anunciado varias veces el señor SÁNCHEZ-ALBORNOZ la salida de una amplia monografía que lo estudie en todos sus aspectos.)

lo que puede ser un indicio para explicar la complejidad y dificultades de elaboración que se observan en ella.

El «Ajbar Machmúa» es una fuente de inapreciable valor en la historiografía hispanomusulmana, para el estudio del período que comienza con la invasión y acaba a la muerte de Abderramán III. «Constituye... la crónica arábigoespañola más antigua conservada hasta hoy; probablemente la que primero se redactó en el Al-Andalus por los invasores musulmanes, y una de las fuentes más detalladas y dignas de fe, más llenas de verdad y de vida, y más exactas y puntuales que pudiera apetecer el más celoso historiador.» (Sánchez-Albornoz, pág. 12.)

Lafuente Alcántara publicó en 1867 el texto árabe y la traducción castellana (1), a base del único manuscrito conservado, el de la Biblioteca Imperial de París (razón por lo que se la conoce también con el sobrenombre de «El Anónimo de París»).

Sin adentrarse en la resolución de los problemas historiográficos que planteaba, el «Ajbar» fué más o menos utilizado por Dozy, Gayangos, Barrau-Dihigo, Saavedra, Simonet, Codera, Pons Boigues, Levi-Provençal y otros; puede decirse que el único que se preocupó de estos problemas fué el insigne arabista valenciano don Julián Ribera, en el prólogo a la traducción de la Crónica de Abenalcotía (2), donde abordó indirectamente algunos de los problemas que el «Ajbar» planteaba paralelamente a la citada Crónica.

Mas faltaba una monografía que abordara directamente los múltiples problemas del «Ajbar Machmúa»: partes, autores, compilador, fechas de redacción, interpolaciones, fuentes, influencias, etc. «Todos hubieran podido trazarla, si lo hubieran intentado —dice Sánchez-Albornoz—. Nadie mejor preparado que Ribera para haber acabado esta empresa, si la hubiera acometido. Aunque no es tarea muy llana el intento de marcar los límites de los diversos fragmentos que integran la obra, ni es empeño sencillo concretar las fechas en que se compusieron y los autores que los trazaron, ni fácil fijar las fuentes de cada uno de los pasajes y sus influencias en las historias hispanoárabes posteriores, ni muy hacedero establecer el valor y el crédito a otorgar a las partes diversas del «Ajbar Machmúa»» (págs. 16-17).

Con lo dicho es suficiente para darse cuenta de la importancia del trabajo del ilustre medievalista español, a lo largo del cual se abordan los siguientes problemas:

- a) Data de la compilación.
- b) Partes y autores.
- c) Fechas de composición.
- d) Labor del compilador e interpolaciones.

---

(1) *Ajbar Machmúa (Colección de Traducciones)*. Crónica anónima del siglo XI, dada a luz por primera vez, traducida y anotada por D. EMILIO LAFUENTE Y ALCÁNTARA. Un tomo de XIII+265 págs. (+165 págs. de texto árabe). Madrid, 1867. Es el tomo I de la Colección de Obras Arábicas de Historia y Geografía de la Real Academia de la Historia.

(2) *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el Cordobés*. Traducción de D. JULIÁN RIBERA. Madrid, 1926. Tomo II de la Colección de Obras Arábicas de Historia y Geografía de la Real Academia de la Historia. El estudio preliminar fué reproducido, con el título de «Abenalcotía y su Crónica», en el tomo I de sus *Disertaciones y Opúsculos*. Madrid, 1928, págs. 435-456.

e) Fuentes utilizadas por el autor de la primera parte.

f) Influencias y paralelos del «Ajbar» en la historiografía posterior.

El planteamiento de esta clase de temas es imprescindible antes de adentrarse en la elaboración histórica, ya que —como dice el mismo Sánchez-Albornoz— hoy día no es posible levantar sólidas elaboraciones históricas sobre unos textos cuyo valor no conozcamos con justeza; evidentemente, para el historiador no puede ser indiferente que el «Ajbar Machmúa» haya sido escrito en el siglo x o poco antes de la conquista de Toledo, así como tampoco las fechas en que se redactaron los diversos fragmentos, o su dependencia de otras fuentes, originalidad, influencia posterior, etc.

Del examen de esta monografía se deduce que el «Ajbar» está formado por cinco partes distintas, con diversos autores, siendo el primer problema abordado el de averiguar la data más avanzada, o sea, la fecha de la compilación total de la obra.

Dozy supuso que la recopilación se llevó a cabo en el siglo xi, en los días de Alfonso VI, basándose en el augurio sobre el fin deplorable que tendrían los árabes en España (que se lee en la página 34 de la traducción); esta opinión fué seguida, sin someterla a crítica, por Lafuente Alcántara y otros, pero ya Ribera, en el estudio antes citado, deshizo el argumento de Dozy, aunque falló al pretender sentar una nueva teoría.

Sánchez-Albornoz prueba que la compilación se realizó en los comienzos del siglo xi, cuando, muerto Almanzor, se veía amenazado el Califato por las revoluciones de Córdoba, en la que entraban a saco castellanos y catalanes, a la vez que las fronteras del Andalus eran acometidas por leoneses y navarros; entonces es cuando pudo escribirse en el «Ajbar» el triste augurio sobre el próximo y desastroso fin de los musulmanes en España.

A continuación emprende Sánchez-Albornoz el estudio de las partes del «Anónimo de París», con sus autores y fechas de redacción. Tarea difícil, dice, «tan difícil que raya en lo imposible y tan aventurada que sobrepasa los límites de la osadía. *Aspiramos sólo a iniciar el examen de un tema que importa resolver, como requisito indispensable para trazar la historia del reino de Asturias y del emirato cordobés, durante los siglos VIII y IX*» (página 41).

La primera parte trata de la invasión y del gobierno de los primeros valíes (el llamado emirato dependiente de Damasco hasta el gobierno de Bálech ben Baxir). Su autor muestra inclinación a las anécdotas de sabor popular y a los detalles que pueden herir con fuerza la imaginación (sirva como ejemplo la narración del asalto a los muros de Córdoba por Mugeit). Se distingue, además, por lo impreciso de la narración, por la abundancia de errores y omisiones, por las invocaciones a la divinidad y por el gusto en lucir su erudición, venga o no a cuento.

¿En qué tiempo se compuso esta primera parte? Sánchez-Albornoz, basándose en la ausencia de las abundantes floraciones legendarias de sabor oriental, en la cita de Granada y Málaga como cápitales de Elvira y Rayya, respectivamente, y en el uso de los nombres de las puertas de Córdoba, fecha este fragmento en el primer tercio del siglo xi.

La segunda parte del «Ajbar» es la más antigua y de más valor, ya que su autor fué casi contemporáneo de los hechos que narra; abarca el período

de las guerras civiles del Andalus, desde el gobierno de Bálech hasta el triunfo de Abderramán I en la batalla de Almozara, con la muerte de Yusuf el Fihri. A simple vista se nota el cambio en el estilo, en la información, en el conocimiento de la psicología humana, en la posición adoptada ante los hechos e incluso en el concepto que tiene de la historia.

Debió ser un militar y político cordobés, de origen árabe, de abolengo coraixí y miembro de la familia omeya; denota una persona habituada a manejar con soltura lo mismo la lanza que la pluma; habla siempre en primera persona, mantiene el relato con unidad y viveza, consigna muchas veces la fuente de información y se complace en la narración de batallas, combates y matanzas.

*«Un chocar de lanzas y espadas —dice Sánchez-Albornoz— atruena los ámbitos todos de esta crónica, que huele a sangre fresca desde la cruz hasta la raya. Y, sin embargo, el relato no apesadumbra ni ensombrece. Fluye con naturalidad y sin cesar. Está hecho con arte, salpicado de anécdotas guerreras o cortesanas, ornado de diálogos pintorescos, pletórico de animación y de vida, lleno de movimiento y de interés. El historiador se muestra enterado al pormenor de los sucesos y de los hombres. Mil nombres bailan una danza sangrienta en las páginas de esta parte del "Ajbar Machmúa". Su autor los encarna, las más de las veces, en personajes de carne y hueso, que desfilan en este film magnífico y que nos descubren a las claras: humores, calidades, defectos, vicios y virtudes... Media un abismo entre el trozo primero de nuestra crónica, lleno de errores y de lagunas, de silencios y de vaguedades, frío y confuso, pobre en el pormenor y en la información, y esta segunda parte del «Ajbar Machmúa, modelo de historias árabes realistas, detalladas, bien informadas, precisas y cuyas páginas anima un soplo de vida» (páginas 80-81).*

Sánchez-Albornoz, después de una exposición exhaustiva y compleja, prueba que esta parte se compuso poco después de la muerte de Abderramán I, dentro aún del siglo VIII.

La tercera parte narra el emirato de Abderramán I, refiriéndose casi exclusivamente al relato de la larga serie de sublevaciones contra el omeya, seguidas todas de sangrientas represiones. Su autor, amigo del emir, hace destacar la audacia en los combates o la astucia en hacer desaparecer a un enemigo, sin ninguna alusión a la justicia o injusticia de los hechos; desprecia los amoríos, las dotes literarias y la devoción; no da noticias de su vida ni de las fuentes de información; demuestra poca habilidad en la narración, que llega a ser monótona y sombría; su lectura deja en el ánimo una impresión de horror ante tanta sangre, guerras, venganzas, muertes, odios y rencores.

Su autor era contemporáneo de Aben Gánim y escribía después de muerto Alhaquem I, en la primera mitad del siglo IX.

Este panorama trágico cambia al llegar la cuarta parte, que trae retazos poéticos y anecdóticos del período que va desde la muerte del primer Abderramán hasta la de Abdala. Es una crónica sensual y piadosa, cortesana y poética, en la que los episodios violentos han cedido ante la poesía, la pasión amorosa, la devoción, la piedad, el amor a la justicia, la generosidad, el dinero y las mujeres, que aparecen aquí casi por primera vez desde el comienzo de la Crónica.

Por las citas de personajes del siglo IX y por otros indicios, cree Sánchez-Albornoz que su autor, contemporáneo de Abdala, escribió en el primer tercio del siglo X, después de la muerte de este emir.

La quinta y última parte trata exclusivamente de Abderramán III, criticándolo duramente. Su autor muestra un espíritu pesimista y altanero, orgulloso de su raza y su linaje. Debió escribir después de muertos el emir, sus secretarios y visires y su hijo; lo más pronto bajo Hixem II, en la época de las sublevaciones cordobesas (primer tercio del siglo XI). Sánchez-Albornoz cree que esta parte, lo mismo que la primera, se deben a la pluma del compilador general.

¿Cuál fué, pues, la labor de este último? ¿Se limitó a copiar las notas o apuntes históricos que llegaron a su conocimiento? ¿Redactó la obra de nuevo, transformando o reelaborando los materiales de que disponía? ¿Retocó e interpoló los escritos?

No todas estas preguntas se pueden contestar, pero parece que el propósito del compilador fué escribir una gran historia de la España musulmana, valiéndose de los apuntes históricos que, según Ribera, halló en su archivo familiar; para comenzar su historia tuvo que enfrentarse con el relato de la invasión, de la cual no tendría muchos datos en su archivo; tal vez, luego de compuesta la primera parte, falto de capacidad para llevar a feliz término la empresa, concluyera por copiar, por orden cronológico, los preciosos relatos que llegaron a sus manos.

Esto no impide el que, de vez en cuando, realizara varios retoques e interpolaciones, con tanta torpeza que aun hoy día son fáciles de descubrir en la traducción de Lafuente Alcántara.

Los capítulos finales de la monografía que analizamos están dedicados al estudio de las fuentes del «Ajbar Machmúa» y a su paralelo con la historiografía posterior. Por la dificultad en resumir su elaboración —realizada en gran parte a base de «largos y enfadosos análisis y lentos y enojosos paralelos»— reseñamos a continuación sus principales aportaciones, junto con las de toda la obra.

\* \* \*

He aquí, esquemáticamente presentadas, las principales *conclusiones* del estudio de Sánchez-Albornoz sobre el «Ajbar Machmúa» o «Anónimo de París»:

1.<sup>a</sup> La data de la compilación total del «Ajbar Machmúa» se puede fijar en el primer tercio del siglo XI, entre la muerte de Almanzor (1002) y la formación de los reinos de taifas (1035); no en los días de Alfonso VI, como creyó Dozy, ni en los de Abderramán III, como afirmó Ribera.

2.<sup>a</sup> La primera parte (páginas 1 a 42 de la traducción) trata del relato de la invasión de la Península (páginas 1 a 30) y del gobierno de los primeros valíes (páginas 31 a 42) hasta Bálech ben Baxir el Coxairí (período del 710 al 740, aproximadamente). Su autor es el mismo compilador general. Fecha, la misma de la compilación general.

3.<sup>a</sup> La segunda parte (páginas 42 a 94 de la traducción) comprende el período de las guerras civiles entre bereberes, árabes, sirios, yemeníes, etc., hasta el desembarco de Abderramán I y la batalla de Almozara (período del



740 al 757). Su autor es casi contemporáneo de los hechos que narra: escribió entre la fecha de la muerte del primer Abderramán (788) y los primeros años del emirato de Hixem I.

4.<sup>a</sup> La tercera parte (páginas 94 a 106 de la traducción) trata del emirato de Abderramán I, hasta su muerte (período del 757 al 788). Se compuso en la primera mitad del siglo IX, bajo el reinado de Abderramán II (hacia el año 830).

5.<sup>a</sup> Al autor de esta tercera parte se deben atribuir dos interpolaciones en la segunda parte: el relato referente al regalo de la esclava de Abderramán I a Aben Gánim (página 94 de la traducción) y el que narra la predicción del santón Farkad y la historieta del turbante (páginas 82-83 de la traducción).

6.<sup>a</sup> La cuarta parte (páginas 106 a 133 de la traducción) refiere una serie de anécdotas y sucesos curiosos del período que va desde Hixem I hasta Abdala inclusive (del 788 al 912). Se compuso en el primer tercio del siglo X, muy poco después de la muerte de Abdala (912).

7.<sup>a</sup> La quinta y última parte (páginas 133 a 142 de la traducción) trata exclusivamente de Abderramán III. Su autor es el mismo compilador general del «Ajbar» y redactor a la vez de la primera parte. Se compuso probablemente en la misma fecha de la compilación.

8.<sup>a</sup> El compilador general —y autor de la primera y quinta partes— realizó varias interpolaciones en la segunda parte (páginas 51-52, 66, 66-67, 46-47, 70, 53, 90 y 94 de la traducción).

9.<sup>a</sup> Existe un paralelismo y semejanza entre el «Ajbar» y la Crónica del moro Rasis (versión de Gil Pérez) en los fragmentos referentes a las campañas de Tarik y Muza.

10. Los fragmentos del original de Rasis conservados en el «Bayano» de Abenadari coinciden también con los del «Ajbar» y la Crónica del moro Rasis (versión de Gil Pérez) en el período que va desde la batalla de Ecija a la muerte de Abdelacis.

11. Indirectamente, el cotejo entre el «Ajbar» y la «Crónica del Moro Rasis», en su relato de la invasión, es un argumento más en favor de la autenticidad de esta última.

12. Rasis y Abenhabib no conocieron ni utilizaron el «Ajbar Machmúa», pero éste *pudo* valerse de ambos para el relato de la invasión.

13. Pero más seguros que de la utilización de Rasis por el «Ajbar», en el relato de la invasión, podemos estarlo de que ambos procedieron de Abenhabib y lo utilizaron en gran escala.

14. Rasis y Abenhabib utilizaron al gran historiador oriental «Al-Waquidi», el que tal vez influyera también en el «Ajbar», aunque con menos seguridad.

15. Tal vez el «Ajbar» se inspirara en el «Ibar», de Alfayad, para el relato de la conquista; o bien ambos procedieron de un supuesto relato de la conquista hecho en el siglo X.

16. El autor de la historia de los valíes del «Ajbar» (páginas 31 a 42 de la traducción) se inspiró en dos fuentes distintas y desconocidas, procedentes, a su vez, y emparentadas con los textos de Rasis y Abenalcotía.

17. El «Ajbar» no influye para nada en Abenhazam, Alfayad, Abenalabar, el Edrisí, Aben Bexual y otros; sin embargo, es probable su influencia en Abdalla el Cortobí.

18. Abenahayán utilizó ampliamente el «Ajbar» como fuente, sin citarlo ni una sola vez.

19. El autor del «Fatho Alandalus», a pesar de sus concordancias con el «Anónimo de París», no siguió a éste, sino a Rasis.

20. Abenalatir, al tratar de España en su «Kamil», no utilizó el «Ajbar Machmúa», como afirmó Barrau-Dihigo, sino a Rasis.

21. No se puede negar la influencia del «Anónimo de París» en el «Bayano al-Mogrib», de Abenadari, pero esta influencia no es directa, sino resultado del aprovechamiento por ambos de las mismas fuentes: la Crónica de Rasis, el «Almoctabis», de Abenahayán y el «Behchat», de El Cortobí.

22. Rasis influyó directamente en la «Historia Arabum», del arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada.

\* \* \*

En esta obra demuestra Sánchez-Albornoz, quizá como en ninguna otra, su fina crítica, análisis sutil y lógica implacable. Nos convence, a pesar de lo forzado de muchos de sus razonamientos, a pesar de que casi nos perdemos en el fárrago erudito —y riquísimo— de las notas, que aquí sirven para completar magníficamente las ideas del texto; a pesar de que tiene que recurrir, en muchos casos, a suponer interpolaciones en las cinco partes en que divide el «Anónimo de París».

La historiografía cristiana medieval, pobre y miserable comparada con la hispanoárabe, carece de esa superabundancia de fuentes que recogen las mismas tradiciones o se copian entre sí; no se presta como la hispanoárabe, a esos trabajos de *análisis químicos* sobre sus coincidencias, adiciones y discordancias que Sánchez-Albornoz, en su monografía sobre el «Ajbar Machmúa», eleva a su grado máximo.

El camino que sigue para probar sus tesis es largo, complejo y erizado de dificultades y disquisiciones; él mismo se excusa de los largos, lentos y enojosos análisis y paralelos; ello no debe juzgarse como un afán de «snobismo» o de crear dificultades sin ton ni son, sino es debido más bien a que el autor quiere presentar a los estudiosos el largo camino que ha seguido para llegar a la meta, incluyendo a veces hasta las falsas veredas que hubo que desandar o las consecuencias equivocadas que tendría de seguir otra pista. Por ello muchas veces no nos damos clara cuenta de la finalidad del autor hasta después de haber leído o releído un capítulo; de aquí que se note la necesidad de un capítulo final en el que —escueta y sistemáticamente— se incluyeran los resultados obtenidos, los caminos que llevan a ellos y los problemas resueltos o planteados en la totalidad de la obra.

Y como final, dejando aparte pequeños defectos (1), nos parece una equi-

---

(1) Es cierto que los arabistas españoles han dejado mucho que desear, pero creemos que en algunos aspectos pecan de excesivas las críticas que hace el autor al ilustre arabista valenciano D. JULIÁN RIBERA.

Es casi ya una costumbre general en casi todas las editoriales el omitir la «Fe de erratas», imprescindible en obras en las que se barajan a granel datos y referencias documentales, como la que comentamos; en la comprobación de algunas citas que nos interesaban hemos advertido erratas en las páginas 106, 116, 128 (nota 66), 151 (nota 1) y 171.

vocación la transformación de la grafía vulgar con que el autor escribió en un principio este trabajo, por la nueva grafía técnica de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid, que muchas veces no sirve más que para dificultar la inteligencia del texto al tener que recurrir frecuentemente a su comprobación en la grafía corriente.

Sólo con una lectura reposada, pluma en ristre y con el auxilio de una buena biblioteca, podrá apreciarse la labor benedictina de Sánchez-Albornoz en esta obra, a la vez que aprovecharse de la rica cantera de datos y sugerencias que, como migajas en mesa bien abastecida, se escapan a una lectura superficial. De ahora en adelante podrá trabajarse con cierta tranquilidad en el «Ajar Machmúa», cosa que antes era poco menos que aventurado y heroico.—MIGUEL GUAL CAMARENA.

## Estudios de Paleolingüística

ESANDI (NICOLÁS), obispo de Viedma, presidente del Instituto Americano de Estudios Vascos: *Vascuence y Etrusco. Origen de los lenguajes de Italia. Documentos prehistóricos. Estudio comparativo*. Buenos Aires, 1946, 170 páginas y láminas.

En el umbral de la Prehistoria existen inscripciones que resisten, hasta ahora, los estudios más tenaces y concienzudos de sabios, que merecen este nombre por sus conocimientos, por su sagacidad, por su ciencia y paciencia y por los métodos que ponen a contribución en sus trabajos; inscripciones epigráficas que ocultan lenguajes desconocidos todavía, tras signos más o menos descifrados o conocidos.

Entre estas inscripciones nos interesan sobremanera las atribuidas a nuestros antepasados ibéricos y, en este instante, a los etruscos, emparentados con aquéllos por medio del eusquera o vascuence, según investigadores de una y otra epigrafías.

Parece lógico que una lengua como la eusquera, cuyos orígenes son prehistóricos, indudablemente (1), esté emparentada con lenguas como la ibérica y la etrusca, que quizá la hermanasen en vetustez y pudieron estar en relación e influirse, cuando no fueran sus hijas; pero no debe perderse de vista que las lenguas evolucionan semántica y morfológicamente, influyen y se dejan influir por aquellas que, a través de los tiempos, se ponen en contacto, y devienen, al cabo de los siglos o milenios, muy alteradas por la innovación y pérdida de formas y el cambio semántico.

Por esto creemos que una lengua moderna, viva, no puede servir más que

---

(1) *Aitz*, peña, da *aizka*, chuzo; *aizko* (pétreo, de piedra), cuchillito; *aizkolari*, que usa el hacha; *aizkora*, hacha, etc., todas ellas derivadas de *aitz*. El concepto de instrumento cortante de piedra no puede originarse más que en el Neolítico, todo lo más cercano, en nuestra opinión, ya que en el Eneolítico las hachas empiezan a ser de cobre. Modernamente se ha puesto de moda derivar el vasco del latín en lo que pueda parecerse, y así, *aizkora* se la supone una variante idiomática de *ascia*, y hasta el vasco resulta un dialecto español. (GARCÍA DE DIEGO, VICENTE: *Manual de Dialectología española*. Madrid, 1946, págs. 199 y 200.)

de guía y piedra de toque para conocer a su supuesta primitiva, muerta; y perder esto de vista será siempre expuesto a resultados a veces absurdos.

De las elucubraciones de Cejador (1) se sonrieron bastantes; pero hicieron reflexionar a los investigadores, ya que hizo patentes ciertas similitudes y parentesco del vascuence actual con la lengua que se oculta bajo las inscripciones ibéricas. Muchos investigadores ya señalaron antes el hecho, y hoy nuestro tenaz epigrafista Beltrán Villagrasa ha encontrado felices semejanzas con el euscaro en las inscripciones de los vasos de Liria (2).

La obra de Esandi (S. I., obispo de Viedma) viene hoy a ponernos patente el parentesco del etrusco y el vasco y también las dificultades de la empresa benedictina cuando dice (pág. 19): «Digo muchas, no todas, las inscripciones etruscas parecen vascas. Declaro paladinamente que me quedan incontables graffias sin descifrar...», y su entusiasmo le lleva a ver en la etrusca, que aparece en las inscripciones, una lengua casi idéntica a la euscaro, hasta el punto de bastar unas separaciones de grupos de letras, unas interpretaciones de abreviaturas y ligeros cambios de graffias, cuando es necesario, para llegar a decir (pág. 16): «...El primero de los idiomas hablados y escritos en los principios de Italia ha sido el vascuence...»

El autor toma sus inscripciones de Lanzi (3) —al que no cita— y publica sus láminas del tomo II. A continuación damos algunas muestras de sus desconcertantes y al parecer felices interpretaciones: Esandi (pág. 29): «ONRA (4): (ARNO), vasco: *arno*, vino (5)».

Lanzi (tomo II, pág. 222-4): TNRA, *Arunte* y *Aruntu*. Con otras variantes, entre ellas ONRA, y lo da como nombre propio.

Esandi (pág. 36): «XXI LIR VCEL VA: (AU LECU RIL IXX). AU, abreviatura de ARNO, vino; LECU, *leku*, lugar; RI, *arri*, piedra; L, *laris*; XXI, número de orden para colocar en el sótano. Traducción: Lugar del vino; piedra, Lar, XXI.»

Lanzi (tomo II, pág. 274-10): Traduce: AUL. LAECA. AN. XIX.

También nosotros podríamos traducirlo así: AU, este; LECU, lugar; RI, piedra; LXIX. O sea: «Mojón LXIX», y aun darle otras interpretaciones lógicas.

Lanzi no dice dónde estaba esta inscripción, que, traducida como nosotros, habría de pertenecer a un miliario; pero posiblemente se tratará de una urna cineraria, ya que tiene ciertas características para ello; además, así lo hace suponer más todavía la opinión de Crawford, lord Lindsay (6), que le da a RIL el significado de *vixit annos y aetatis* y lo compara y hace derivar

---

(1) CEJADOR Y FRAUCA, JULIO: *Ibérica*, II. Madrid, 1928.

(2) BELTRÁN VILLAGRASA, Pío: «Notas sobre el estudio de las inscripciones ibéricas en las cerámicas de San Miguel.» *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo durante el pasado año 1934*. Valencia, 1935, págs. 48 y sigs. Y otros trabajos.

(3) LANZI, AB. LUIGI: *Saggio di Lingua etrusca e di altre antiche d'Italia per servire alla Storia de' Popolo, delle Lingue e delle Belle Arti*. Firenze, 1824, 3 tomos en 8°.

(4) Debe leerse de derecha a izquierda. No disponiendo de caracteres etruscos nos valemos de los latinos, en mayúsculas.

(5) La O puede leerse T, como vamos a ver en LANZI.

(6) CRAWFORD & BALCARRES (*Alex. earl of...* LORD LINSAY): *Etruscan Inscriptions analysed, translated and commented by...* London, 1872, pág. 94: RIL, RIL AVIL, AVIL.

de las lenguas germánicas, perdiéndose en elucubraciones no más lógicas, a nuestro parecer, que las de ciertos vascófilos.

Crawford se basa en los estudios de Fabretti y parece ignorar a Lanzi.

Pero el que la lengua etrusca se pueda explicar por las germánicas, en todo o en parte, más en parte que en todo, no tendría nada de extraño ni sorprendente. El vascuence *il*, morir, muerto, se encuentra en el inglés, *ill* (*il*), enfermo, malo; sueco, *illa*; danés, *ilde*; supuesta contracción de *evil*, según Webster, lo que está en contraposición del éuscaro y en cierta manera lo desmiente; además de que, posiblemente, *evil* se pueda comparar a *debilis*, con pérdida de la *d* inicial, lo que es frecuente.

En la lengua vasca tenemos *eri*, enfermo, e *il*, muerto, como hemos dicho, y pudo existir un antiguo *riil* o *ril*, ya que la *e* inicial puede ser y será tal vez una eufónica, por el horror del vasco a la *r* inicial, y dice, como es, sabido, *Erramón*, por Ramón, etc.

También esta *r* pudo ser un refuerzo de *il*.

Esandi (pág. 36): «En una urna de Volterra: XX. LIR. ... IENCIEC. L. (L. CHEIGNEI ... RIL XXV). LART, nombre propio y común; CHE, *eche*, casa; IGN (léase *iñ*), *egin*, hacer; NEI, *nai*, querer; RI, *arri*, piedra; L, *laris*, XX. Trad.: "Lart quieras trabajar en casa, piedra lar XXV".»

Lanzi (tomo II, pág. 276-22): Traduce: *Larthia. Caecina ... An. XXV*.

Nosotros podríamos traducir:

L.	CEI	CNEI	RIL	XX
Lart (?)	Criado	De Cneo	Muerto	(a los) Veinte (años)

Esandi (pág. 37): «XX TIIR. LASIRAL. IENCARC. IORAL. (LARTI CRAC-NEI LARISAL RIL TXX). LARTI, nombre propio y común, *Lart*; CRAC, *krak*, borrachera; IN, *in*, hacer; NEI, *nai*, querer, requerir. Como el verbo NEI está en infinitivo, sin indicación de tiempo, número ni persona, no se sabe el sujeto de la acción (según Esandi), LARISAL, nombre propio o común. RI, *arri*, piedra; L. *lar*. Traducción: "Compañero, querer emborrachar. Compañero diligente. En la piedra, Lar, TXX".»

Lanzi (tomo II, pág. 278-29): «In urna di volterra: "Larthia. Craccha. Laris. An. LXXV".»

Nosotros podríamos traducir, rectificando un poco:

LARTI	CRA	CNEI	LARI	SAL	RIL	TXX
Lart	<i>gar</i> (alto)	de Cneo	Oficio	Pastura	Muerto	LXX (años)

y, finalmente: «Lart, elevado (jefe), pastor de Cneo, muerto a los 70 años.»

Se objetará que *lari* es hoy un sufijo; pero es seguro que antiguamente fué palabra independiente. Pero no damos como indiscutibles nuestras interpretaciones, como no podía menos de ser, sino más bien como un refuerzo de la posibilidad de las opiniones del autor.

Esandi (pág. 83): «ELIAMV ESTE. (ECHSE UMAILE). Es vasco perfecto, según el autor y admira la palabra compuesta *umaile*. ECHSE, *eche*, casa; UMAILE; *uma ile*; *uma*, *ume*, cría, hijo de hombre o de irracionales; *ume*, con el sufijo *a*, se dice *umea*, *umía*, *uma*; ILE, contracción de *egile*; hacedor, el que hace. Se abrevia este verbo formando una sola palabra, *umaile* y, también, *umeile*. Traducción: "Casa que hace (que da) hijos. Hogar fecundo".»

Lanzi (tomo II, pág. 185-XXII, lámina XII, figura 5): La explica, pero no la traduce.

Según Lanzi se trata de una *patella*, en la que se ven dos grupos. En el de la izquierda: Mujer (?) sentada dirigiendo la palabra a una joven, abstraída o atenta, medio arrodillada o mejor tal vez descansando sobre una pierna, y encima, a la parte del personaje sentado, la palabra UMAILE. En el de la derecha: Anciana de pie, con mitra o gorro frigio (mediterráneo, diríamos mejor) conversando con un joven sentado, que, enfrente de ella, da las espaldas a la derecha, y encima, a la parte del varón, la supuesta leyenda ECHSE. Forman, pues, dos grupos con dos inscripciones. (Véase la figura adjunta.)

Lanzi dice que, según Passeri, se trata de Hércules y la Muerte (a la



derecha), y de Eumelo y Alcestes (a la izquierda), cosa que a él no le convence, ni a nosotros, que creemos se trata sencillamente de una escena familiar dividida en dos partes o momentos: La madre conversando con el yerno con motivo del connubio con su hija, bajo la inscripción, que traducimos: «El hogar»; y una mujer dando consejos a la desposada, en su nido, bajo la otra inscripción, que traducimos: «El tálamo nupcial».

Verdaderamente nos sentimos emocionados ante el feliz e importante hallazgo del autor, que abre un camino sin límites a esta clase de estudios y eleva la categoría de su lengua nativa a elemento indispensable para la interpretación de buen número de lenguas protohistóricas,

por lo que no podemos menos que felicitarle por el éxito de sus trabajos, y felicitarnos, con mayor motivo, como amadores de estas disciplinas.

Son muchas las dificultades para la interpretación de las epigrafías de las antiguas lenguas desconocidas; no es la menor la de las abreviaturas con que indudablemente se exornan; pero hay otra todavía más difícil quizá y que los filólogos no suelen tener muy en cuenta, y es la variación semántica, que, junto a la morfológica, sufrieron las que se hallaron en contacto o relación de que hemos hablado, especialmente aquellas de los pueblos subyugados o rivales. La lengua callí (gitana) nos da un ejemplo admirable de ello: *banjolé* bandolero; *Barnojima*, Barcelona; *chepo*, pecho, etc.; pero el colmo de la variación, que podemos llamar lógica, porque en cierto modo la tiene, está en *Perí*, que significa Cádiz. *Perar*, caer, da el pretérito *perí*, caí, que es como los romanós pronuncian Cádiz cuando hablan *su andaluz*.

Y parecido debió ocurrir con el vascuence: griego: *andros*, *anthropos*, hombre; vasco: *andre*, señora, y, por lo tanto, mujer; castellano: *luz*, anchura; vasco: *luce*, longitud y altura; castellano *albergue*, cobijo; refugio; vasco: *aberge* (pronúnciese *abergue*), pobre. En Galicia existe una población,

Abergaria (variante de Albergaria); valenciano-catalán: *avòl*, hombre malo, vil; vasco: *abol*, débil, flojo, etc.

Como se ve, la tendencia es a la diferenciación semántica y morfológica, a veces para significar lo contrario, y de esto no escapan las lenguas más próximas parientes, como vamos a ver a continuación con unos cuantos ejemplos de las tres lenguas iberopeninsulares principales, llamadas neolatinas: portugués, castellano y valenciano-catalán:

PORTUGUÉS	CASTELLANO	VALENCIANO CATALÁN
<i>Variación prosódica</i>		
Albóroque.	Alboróque.	Alboróc.
Albuminúria.	Albuminúria.	Albuminúria.
Alumina.	Alúmina.	Alúmina.
Apóstila.	Apostilla.	Postil. la.
Cérebro.	Cerebro.	Cervéll.
Nível.	Nivél.	Nivéll.
Reclamo.	Reclámo.	Reclám.
Túlipa.	Tulípa.	Tulípa (1).
<i>Variación genérica</i>		
O albácar.	La albacara.	El albácar.
O cimo.	La cima.	El cim.
A fresca.	El fresco.	La fresca.
Um coice.	Una coz.	Un parell de cosses.
Uma parella de coices.	Un par de coces.	
<i>Variación genérica y morfológica</i>		
Alúmen.	Alumbre.	Alum.
Costume.	Costumbre.	Costum.
Estame.	Estambre.	Estam.
Fame, fome.	Hambre.	Fam.
Homem.	Hombre.	Home.
<i>Variación morfológica</i>		
Aldeia.	Aldea.	Aldeia (popular).
Aixina (gallego).	Así.	Aixina.
Fartar.	Hartar.	Fartar.
Deixar.	Dejar.	Deixar.
Loitar.	Luchar.	Lluitar.
Tossir.	Toser.	Tossir.
Bom dia.	Buenos días.	Bon dia.
Boa tarde.	Buenas tardes.	Bon vespre, bona vespra
Boa noite.	Buenas noches.	Bona nit.
O meu filho.	Mi hijo.	El meu fill.

(1) Señalamos los acentos, aun contra regla, para que se vea mejor la diferencia.

Como se puede observar por lo transcrito, y podríamos citar muchísimos ejemplos más, la variación prosódica es, al parecer, moderna y el valenciano sigue al castellano; pero en lo demás sigue al portugués casi idénticamente, y el parentesco próximo de estos dos últimos se ve muy patente y sin duda les viene de antiguo, y también se ve, por lo que hemos dicho antes, que el

castellano es el rival de los dos. Especialmente lo denota ese sufijo *—bre*, muy digno de estudio.

Pero siguiendo así acabaríamos por apartarnos completamente de nuestro objeto, aun siendo una derivación del mismo; lo que demuestra que el autor ha producido una de esas obras concienzudas, producto de años de estudio, que hacen meditar a su vez y que para desmenuzarla completamente necesitaríamos escribir otro libro, quizá tan extenso como el de Esandi (S. I., obispo de Viedma), cuyo libro continúa sus interpretaciones hasta el número 485; sigue un vocabulario de las palabras compuestas, una serie de observaciones interesantes y, finalmente, un estudio sobre interpretación toponímica, muy digno de tener en cuenta.

Y con esto creemos haber dado a nuestros lectores una muestra, aunque somera, de esta labor benedictina y loable, terminando con esta meditación, que hace años atraviesa por nuestra mente: Es posible que la lengua vascuence protohistórica fuera un instrumento literario de cultura en la Europa occidental.—NICOLÁS PRIMITIVO GÓMEZ.

